

DICHOS Y HECHOS EDIFICANTES DE SANTA TERESA DE JESÚS

NO DEJÉIS QUE SE OS ENCOJA EL ÁNIMA Y EL ÁNIMO, QUE SE PODRÁN PERDER
MUCHOS MALES

Todas las advertencias de la santa Doctora en sus inspirados escritos se dirigen a formar ánimas animosas, reales e invencibles. Sintetizada ésta su doctrina en aquel *Nada te turbe, nada te espante*, que llevaba siempre en su Breviario, y más que todo, grabado en su magnánimo corazón.

Por eso con otras palabras nos recuerda que no dejemos que se nos encoja el ánimo y el ánimo. ¿Cómo puede encogerse el ánimo y el ánimo si es espiritual? Encogerse, aquí es lo mismo que apocarse, empequeñecerse. No quiere la Santa que las cosas del alma se achiquen, sino que todas se agranden. Si ella es por sus deseos y por su capacidad infinita, todo lo que ayude a engrandecer el alma, a elevarla, a desencogerla, es conforme a su destino, a su natural condición. Apocarla, pues, encogerla, es torcer de su destino, violentarla, y por consiguiente, hacer que se pierdan muchos bienes. Da las más de las veces al apocarla o encogerla, da, decimos, en ser escrupulosa, y con esto queda totalmente inhábil para sí y para los demás. El alma que mirando a lo alto se engrandece y se anima para grandes empresas, y puede correr con paso ligero por el camino del cielo, se la ve andar miserablemente a *paso de pollo trabado*, sin apenas poder moverse y lograr su fin.

Grandísimos bienes se pierden, y a grandes males se expone, quien deja que se le encoja el ánimo y el ánimo, ya sea por flaqueza, ya por respetos humanos, ya por pereza, o cualquier otro móvil.

La bendita Santa nos lo demuestra con un ejemplo. Si Santa Teresa de Jesús hubiese dejado encogérsele el alma, no tendríamos hoy la sobrehumana empresa de su Reforma, emprendida con tanto ardor, sostenida con tan vigoroso empeño, y llevada a cabo con tanta felicidad.

Si Santa Teresa hubiese dejado encogérsele el ánimo, no brillaría hoy como astro de primera magnitud y belleza en el hermoso cielo de la Iglesia santa; no formaría coro con las heroínas de la gracia más preclaras; al contrario, hubiese sido un alma vulgar como la mayor parte, y la Iglesia y el mundo se hubiesen visto defraudados de la utilidad inmensa de sus virtudes y de sus proezas heroicas.

Oh tú, alma amante del Serafín del Carmelo, que lees estas líneas, no dejes apocar tu ánimo y tu ánimo, que el Señor te da y te ha dado para que extiendas el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús por todo el mundo. De tu salvación, de tu correspondencia a la gracia, depende la salvación de innumerables almas. Ay de ti si, como el siervo inútil del Evangelio, el día que el Señor te llame a cuenta te ves forzado a responder: *Abscondi*. He escondido mi talento: por dejar que se me encogiese el alma nada hice de provecho.

Las tinieblas exteriores serían en este caso tu eterna morada.

La Santa, de magnánimo corazón, que se gloriaba en no ser nada mujer, repite esto mismo en el *Camino de Perfección* y en otros lugares de sus admirables escritos, valiéndose de expresiones sobremanera expresivas e incisivas, cuales son: "No dejéis arrinconar vuestra alma; no seáis almas encapotadas, acorraladas", y otras por el estilo, que verdaderamente retratan a las almas encogidas, y por poco, por cierto, que se mediten dichos calificativos poco honrosos, nadie querrá cargar con ellos.

¿Puede darse más valiente expresión para significar o retratar la bajeza de un alma encogida, que decirle alma arrinconada, acorralada, encapotada? ¿Qué se reúne en los rincones, sino la inmundicia? *Ubi angulu*, decían los antiguos, *ibi sordes*. Donde hay un rincón, allí hallaréis suciedad. Huyamos, pues, de este extremo vicioso, siguiendo el ejemplo y la doctrina de la Santa. Trabajemos por ser almas reales, animosas, determinadas con gran determinación a hacer siempre y en todas las cosas lo que ha de dar a Dios más gloria y a nuestra alma mayor mérito, pues esto solo podrá valernos en el cielo mayor corona.

¡Oh si comprendiésemos lo que los Santos! ¡Cuán de buena gana, a ejemplo de la Santa de nuestro corazón, nos ofreceríamos a padecer todos los trabajos que se puedan sufrir hasta la fin del mundo, sólo por poder lograr en el cielo un tantico más de gloria, la que se alcanza con el mérito de rezar una *Ave María*! Entonces no se encogerá, ni arrinconará el alma, cuando pasando por encima de todas las cosas criadas fije sólo su mirada y sus deseos en la eternidad, en el cielo. Entonces y sólo entonces cantará con la Santa de los grandes deseos y amores:

¡Ay qué larga es esta vida!
Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera.

Mira que muero por verte,
Y vivir sin Ti no puedo.

E. de O.

DESDE LA SOLEDAD

Todos tememos grandes cataclismos. Diríamos que andamos sobre un volcán, y que nadie sabe el momento que abrirá su cráter y nos hundirá en su seno de perdición y de muerte.

Se oye el ruido de la tempestad. ¿Llegará hasta nosotros?

Se ve la nube preñada de rayos. ¿Se rasgará y los lanzará contra nosotros?

Paso a la justicia de Dios... Bendito sea el azote de Dios. *Merito hoec patimur.*

El pobre acecha la ocasión de suplantar al rico.

El rico teme al pobre en el día de la liquidación social.

Grandes injusticias, defraudaciones sin cuento se han cometido por todas las clases de la sociedad. Por algo dejó escrito uno de los más sabios Doctores de la Iglesia: *omnis dives, aut iniquus est, aut iniqui heres.*

Espanta al considerar la gran catástrofe que ha de sobrevenir a la generación actual, si Dios toma en cuenta los crímenes que ella sola ha cometido, imitando los malos ejemplos que le legaron sus padres.

Nuestros padres comieron el agraz y nosotros sufrimos la dentera. Pero mal aconsejados hemos querido también imitarlos en su mal ejemplo, y hemos comido hasta la saciedad el agraz de la iniquidad, y ahora sentimos las consecuencias. ¿Nos enmendaremos? Las obras que hacemos no dan señales de enmienda. Como el enfermo, con la fiebre más frenética, nos revolvemos contra nuestro Médico, único que nos puede curar.

De la triaca hacemos veneno.

Quos Deus vult perdere demanat: "A los que Dios quiere perder quítales el juicio".

Peccator cum in profundum venerit, contenuit: "El pecador, el malvado al llegar al profundo de la perdición todo lo desprecia". Desprecia los castigos, desprecia las amenazas, desprecia las caricias, los beneficios, el amor y la paciencia de quien le ama. Nada le aprovecha para salir de su fatal estado; al contrario, todo le ayuda para engolfarse más en él.

"Nadie se pierde sin conocerlo," dijo el Señor a nuestra Santa Teresa de Jesús.

Al examinar la conducta de estos tales, parece que uno duda si conocen su perdición. Tan ciegos se les ve, tan impasibles, tan tranquilos viven en medio de su perdición.

Oremos por estos ciegos, peores mil veces que aquellos de quienes nos habla el santo Evangelio, porque no quieren ver.

Oremos, que los días de prueba se acercan.

Oremos, que sólo la oración puede arrancar el azote de la mano de Dios, o detener su brazo justiciero.

Oremos, que no hay males incurables mientras podamos y sepamos orar.

Oremos, que la oración es la misericordia, y la que perdona los pecados y ha de salvar al mundo.

Oremos cuanto más mejor. Otras devociones exigen tasa, la oración no, pues ha de ser sin intermisión, continua. Y si tanto no podemos, a lo menos gastemos cada día un cuarto de hora de oración, pues con esto os promete el cielo en nombre de su seráfica Madre santa Teresa de Jesús.

El Solitario

SPES NOSTRA, SALVE.

No podemos pasar sin saludar cariñosamente a la que es Reina del empíreo, María inmaculada, en sus dos fiestas más populares y más alegres, por la confianza que infunden al corazón que la ama y con filial ternura la invoca.

Hablemos de la fiesta del santo Escapulario y de su gloriosa Asunción en cuerpo y alma a los cielos. La fiesta del santo Escapulario, o sea de la Virgen del Carmen, es de las más

populares en nuestra patria. hombres sin fe, sin prácticas religiosas, hemos hallado que no sabían pasar sin llevar el santo escapulario y rezar a la Virgen del Carmen siete *Padre nuestros* todos los días.

“Yo no temí a las balas, nos decía un anciano respetable, después de haber invocado a la Virgen del Carmen”.

Sabida es de todos la historia de aquel famoso bandido, que antes de cometer alguna de sus fechorías o crímenes encendía una vela ante la imagen de Nuestra Señora del Carmen, lo que sin duda le valió que la Virgen le alcanzase de su Hijo Jesús tiempo y ocasión de hacer una buena confesión antes de que se le quitase la vida.

Guarda de todo mal en la vida el santo Escapulario, protege en la hora de la muerte, y salva o lleva cuanto antes al cielo después de morir. Bien, pues, podemos saludar a este Escudo mariano: *Spes nostra, salve*.

La Virgen en su Asunción a los cielos es nuestra esperanza. Donde está la Madre allí es de justicia que se reúnan los hijos. Esperanza nuestra María, si en cuerpo y alma está en el cielo, allí debemos ir y vivir todos. No puede consentir su maternal corazón verse separada de sus hijos eternamente, ya porque los ama con inmenso amor, porque le cuesta indecible trabajo, ya porque los lleva escritos en la palma de sus manos y no los puede olvidar. Péguese mi lengua al paladar y séquese mi alma si yo me olvidare de invocarte a Ti, esperanza de los cristianos, oh María. Guárdame como a la niña de tus ojos, pues soy un pobrecito miserable que en Ti, después de Jesús, tiene puesta toda su confianza. ¿Por qué no me miras con amor, esperanza y amor mío? Mi corazón se dilata, abrasa y endiosa al pensar en Ti, al hablar de Ti, al invocarte a Ti, esperanza nuestra. Salve, Reina de los cielos más hermosa que los Ángeles. Desde ese trono de gloria en que estás exaltada, no te olvides de tus hijos que gimen en este valle de lágrimas. Salve, Madre mía de mi alma; míranos con esos tus piadosos y hermosos ojos desde ese solio de gloria en que te hallas sublimada sobre todos los Ángeles. Socórrenos, oh María, esperanza nuestra, salve. *Spes nostra, salve*.

A. C.

EL SANTO ESCAPULARIO

Con esta palabra se entiende siempre designar la espiritual divisa de la insigne Orden Carmelitana, por ser el Escapulario de ella el que dio tipo y norma para todos los demás que después se han usado en la Iglesia de Dios. Del mismo modo que cuando se habla de la venerable Orden Tercera se quiere significar, aunque otra cosa no se diga, la del santo Padre Francisco de Asís, que fue la que sirvió de modelo a cuantas Órdenes Terceras se han erigido después.

Es entre todas las Órdenes religiosas una de las más distinguidas la insigne Orden Carmelitana o del Monte Carmelo. A la antigüedad de su fundación, que no sin graves motivos se hace remontar al santo profeta Elías, añade los inmensos servicios que ha prestado a la Iglesia de Dios y lo que ésta la ha tenido siempre en especial consideración. Mas sobre todo la enaltece la justa estima que ha logrado entre las clases todas del pueblo cristiano su santo Escapulario. Aún hoy, debilitada la fe y entibiado en muchos corazones, aún de los católicos, el amor en que deben tenerse siempre estas piadosas prácticas, el santo Escapulario comparte con el Rosario de Nuestra Señora el blasón de la más universal popularidad. Aún hoy parece ser fiesta en todos los pueblos el día del Carmen, aunque como tal no se haya preceptuado el Calendario cristiano, y son los altares más concurridos y más iluminados los de la Virgen del Carmelo, y son los colores de su hábito los que más usan en concepto de devoción y de exvoto muchas personas piadosas. Y bajo sotanas y monjiles, como bajo trajes de seda y uniformes militares, la mística divisa del Escapulario cubre aún muchos pechos como celestial escudo, y mantiene en ellos como recuerdo santo el calor de la fe y de la devoción más acendrada a María santísima.

Prescindiendo, pues, de las grandezas y glorioso abolengo histórico de la Orden Carmelitana, que todo no lo podemos abarcar, diremos ahora algo del santo Escapulario, parte que más de cerca atañe a nuestras relaciones con el pueblo, a quien principalmente nos dirigimos. Su origen, su excelencia, las bendiciones que a él ha vinculado la promesa formal de la Madre de Dios, las gracias con que después la enriqueció la generosidad de los Papas, los favores mil que ha logrado a sus devotos; todo eso reseñaremos breve y compendiosamente, y aunque muchos de nuestros lectores lo sepan ya, por haberlo oído cien veces predicar, se lo recordaremos para que lo tengan en mayor estima y aprecio. Y además les daremos de

nuestro propio saco algunas contundentes razones con que pueden contestar a quien les habla en son de mofa contra tan hermosa devoción. Que los tiempos presentes obligan a que se miren y estudien siempre las prácticas devotas por este doble lado: por el de la piedad, para consuelo y fervor de los buenos; por el de la controversia, para cerrarles la boca a los impíos.

La misma Virgen Santísima es la autora del santo Escapulario. Sabida es la hermosísima historia (no leyenda, sino historia fundada en los documentos críticos más incontestables) del venerable Simón Stock, carmelita inglés, general luego de toda la Orden carmelitana, a quien se apareció la celestial Señora, dándole, con raro y nunca oído privilegio, la insignia del santo Escapulario con estas palabras: "Recibe, muy amado hijo, recibe esta Escapulario, insignia y divisa especial de tu Orden y de mi Hermandad, privilegio singular y exclusivo para ti y todos los Carmelitas. Cualquiera que muriese investido con él no sufrirá el fuego eterno. En él tienes bella consigna de salud, amparo en los peligros, prenda de paz y de eterna alianza."

Documentos de la crítica más incontestable sacan, como hemos dicho, esta aparición de la categoría de piadosa leyenda tradicional que para algunos pudiera meramente mantener tener, para elevarla a la de verdad reconocida plenamente por la historia, y sancionada por la suprema autoridad de la Iglesia, tan escrupulosa como todos sabemos, en estas materias. La serie de Romanos Pontífices que en seguida se apresuraron a dar toda clase de apoyo y firmeza a la devoción del santo Escapulario principia en Juan XXII, el cual en la famosa *Bula* refiere, bajo el sello papal, cómo se le apareció la Reina de los cielos, y le manifestó que su amor a los cofrades Carmelitas era tal, que no permitiría que los exactos observantes de esta Regla pasasen en el purgatorio más allá del primer sábado después de la muerte, por lo cual se llamó a dicha *Bula Sabbatina*. Singular manera de jubileo otorgado a sus devotos por la bondad de la Madre de Dios, y que fue reconocido, no como mera piadosa creencia popular, sino como auténtica revelación de la Reina de los cielos, por Alejandro V, Clemente VII, Paulo III, san Pío V y Gregorio XIII, que todos añadieron nueva sanción a la referida *Bula* de Juan XXII. Permitiendo Dios que, algunos siglos después, poderosos émulo de la Orden Carmelitana trajesen en Francia cuestión sobre eso, llegándose el caso de que por alguna Autoridad inferior se pusiese en duda la autenticidad de tales creencias; lo cual provocó de nuevo el fallo irrecusable e inapelable de Roma sobre este particular. Lo cual más tarde repetido en Portugal, tuvo de parte de Roma igual definitivo desenlace. Como si a propósito hubiese querido Dios sujetar a juicio contradictorio este punto culminante de las glorias carmelitanas, a fin de que más clara resaltase la solidez de los fundamentos canónicos de esta hermosa devoción. El último ponente, digámoslo así, de las sagradas Congregaciones romanas en esta materia fue el teólogo de la talla del cardenal Belarmino, a cuya pluma se deben las lecciones del segundo nocturno del rezo de la Virgen del Carmen, que por orden del Papa le fueron encomendadas en sustitución de las antiguas, para que en ellas, después de maduro y nuevo examen de este gran controversista, quedase plena y oficialmente consignada la revelación del venerable Simón Stock y el contenido de la *Bula* de Juan XXII.

A lo cual debe añadirse la concesión de las innumerables indulgencias con que ha enriquecido la Iglesia la práctica de que tratamos aquí, última y más autorizada confirmación de ella para cuantos sepan apreciar el valor que tienen tales datos de crítica eclesiástica.

Está, pues, en la categoría de las devociones más autorizadas y más formalmente reconocidas en la Iglesia de Dios la del santo Escapulario.

El elogio del santo Escapulario queda hecho con citar las memorables palabras con que se dignó acompañar la santísima Virgen su entrega al beato Simón. De ellas se ha deducido cinco como especiales prerrogativas de esta espiritual divisa, por este orden:

1. El Escapulario eleva a todo aquel que dignamente lo usa al carácter de hijo y hermano y co-familiar de la santísima Virgen. Tales son las primeras palabras de María a Simón Stock: "Recibe, hijo mío, el Escapulario de tu Orden, divisa hermosa de mi *confraternidad*." "A quien la Virgen otorga con tal investidura este título de cohermano suyo, ¿quién se lo podrá negar?"
2. Hace participantes a cuantos lo visten de todas las obras buenas que se hacen en toda la Orden Carmelitana. Compréndese esta prerrogativa en la anterior, pues

haciendo el santo Escapulario de todos cuantos lo usan una verdadera espiritual familia, hácelos partícipes, como no opongan formal obstáculo, de un mismo espiritual patrimonio, en lo cual consiste el carácter verdadero de cohermandad.

3. Da derecho a innumerable suma de gracias espirituales abundantemente prodigadas por la Iglesia a cuantos tomen sobre sí esta devota insignia. Llenos están los sumarios de la Orden de la relación de estas indulgencias, en las que apenas hay otra más rica, además de aquel insigne *jubileo* sabatino consignado en la Bula de Juan XXII y de que hemos hablado antes.
4. Es signo de especial alianza entre el cofrade y la Virgen santísima, y prenda de eterna salvación. También las palabras dichas expresan este concepto en términos que varios autores no han dudado llamar al santo Escapulario una especie de sacramento de María, como que es signo sensible de la gracia de ella, acreditada además por innumerables hechos que constan en la historia debidamente justificados.
5. Es protección en los mismos peligros corporales, como también expresa la citada fórmula de entrega de la Madre de Dios, también justificada con repetidos casos, en que aparece clara su protección sobre los fieles devotos del Escapulario en sus necesidades, especialmente en lances de guerra y de incendios.

Tales prerrogativas han dado muy justamente a la Cofradía del santo Escapulario los honores de la más hermosa popularidad, hubo un tiempo, en efecto, en que pobres y ricos, jóvenes y ancianos, hacíanse como un deber llevar sobre su pecho esta divisa de María, para más acreditarle su amor y merecerse su protección. Hoy con ser más tibia la fe, y en consecuencia haber decaído como todas las demás esta piadosa práctica, conserva todavía ella uno de los más privilegiados lugares en el corazón del pueblo cristiano. Mas la impiedad hace también blanco de su rechifla esta devoción, y se burla de este *retazo de lana bendecida que imponen los Curas y en que creen los tontos*. A esto contestaremos ahora para concluir.

Si en el terreno de la controversia teológica propiamente dicha es facilísimo responder con poderosos documentos a cualquiera objeción que se haga contra el santo Escapulario, no lo es menos hacer enmudecer al racionalismo superficial y volteriano, que es el que más frecuentemente ataca en nuestros días esta devoción.

“¿A qué (os dirán) este retazo de paño bendecido, que imponéis con tantas ceremonias?”

Y bien, replicaremos nosotros; aunque no quiera ver vuestra frivolidad en el Escapulario más que un retazo de paño, solemnemente bendecido e impuesto, y devotamente aceptado, y piadosamente ostentado, ¿creéis que no hay bastante con eso para sacarle vencedor de vuestras necias e impertinentes cuchufletas? Es una insignia, es una divisa, es una prenda de uniforme: y ¿desde cuándo todas estas cosas no os han dicho, aún en lo humano, muy simpáticas y muy respetables, oh hombres de dos pesos y dos medidas, que tan desigualmente y con tan opuestos criterios juzgáis de lo vuestro y de lo de la Religión?

Os morís por una cinta o por una placa, y cometéis tal vez por alcanzarla mil bajezas, y os hacéis héroes de ridícula vanidad femenil por lucirla en concursos y paseos; y ¿qué es ésta más que un retazo de seda, que si alguna vez vale algo cuando algo significa, frecuentemente no es más testimonio de la perfecta nulidad de quien la ostenta?

No mandáis al soldado que se haga matar en defensa de otro colgajo más o menos desgarrado que suspendéis de una percha y que llamáis bandera? Vidas a miles no le parecen precio demasiado subido al pundonoroso caudillo, para que no caiga ese jirón de tela sucia y harapienta en poder del enemigo, porque es la divisa del honor, de la lealtad y de los más preciados intereses de la patria.

No parece estar el siglo por la nobleza, al menos por la verdadera; mas nada hay que seduzca tanto al más democrático ciudadano como la fatuidad de poder pintar en la portezuela de su coche o en el membrete de su papel de cartas un escudo blasonado que le distinga de la común y adocenada multitud. Fatuidad hemos dicho, y lo es cuando tales símbolos no representan un glorioso pasado y rica herencia de verdaderos merecimientos, sino pueril deseo de ocultar como con brillante tapadera un origen tal vez ruin.

Decid ahora: aunque no fuese el santo Escapulario más que divisa, bandera, blasón, ¿no tuviera bastante con eso solo para merecer más alta consideración que la que en sociedad se tributa a las más hermosas divisas, banderas y blasones? Es divisa del amor de María,

concedida por esta celestial Señora a sus más ardidos caballeros; es bandera de su fe y devoción ilustre en las batallas de muchos siglos; es el blasón de una de las más ilustres familias del solar cristiano, cual es la vieja Orden Carmelitana. Decid, frívolos burladores de las cosas santas, sólo por un prurito de serlo: ¿qué puede oponer a esos títulos de respeto vuestra crítica, que por ser racionalista no llega ni a racional?

Callad, pues, y dejad buenamente al pueblo fiel que ama, cree, y espera, dejadle, digo, en la pacífica posesión y goce de unos sentimientos que por desdicha vuestra no estáis en el caso de comprender. Y siga el verdadero y exacto devoto de María amando y reverenciando y llevando sobre sí, con profundo cariño y celestial confianza, el santo Escapulario.

F. y S. S.

(Año sacro)

A NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

Con ferviente amor llamada,
Con lágrimas querida,
De celestial luz vestida,
De inefable gracia ornada,
Toda de Ángeles cercada,
En el oculto santuario
Del Carmelo, al Solitario
Benigna te apareciste,
Y en prenda de amor le diste
Tu precioso Escapulario.

Cuando en la mar turbulenta,
Cuajada de blanca espuma,
Envuelta en opaca bruma,
Con bramido que amedrenta,
Brama la brava tormenta,
Ya en la playa salvo, ileso,
Con un beso y otro beso
Cubre el náufrago anhelante
De lágrimas el semblante
De lágrimas el semblante
En tu escapulario impreso.

De la sangrienta batalla
Vuelto el adalid valiente,
Cuelga el peto reluciente,
Que atravesó la metralla,
De la sagrada muralla
De tu templo; que en el rudo
Combate, contra el sañudo
Contrario hierro homicida,
De su pecho y de su vida
Tu escapulario fue escudo.

Apenas el sol nacido,
Un día ¡funesto día!
Robóme la muerte impía,
Del monte en lo más florido
Al tierno hermano querido.
Yo, que en lágrimas deshecho
Junto al enlutado lecho
Lloraba, contuve el llanto
Al ver que ornaba tu santo
Escapulario su pecho.

El alma, que en pos se lanza
De la dicha, en el profundo
Valle oscuro de este mundo,
Do nunca la dicha alcanza,
Vive en continua asechanza.
Cuando mi alma zozobrare,
Cuando el rayo amenazare
Descargar sobre mi frente,
Tu Escapulario me aliente,
Tu Escapulario me ampare.

Si vuelves a mí tus ojos,
Ni recelo maleficio
Ni temo del precipicio
Los espantosos abrojos,
Ni del mundo en los enojos
Me acobarda el trance vario,
Ni me espanta hado contrario;
Que infierno, pecado y muerte
Nada valen contra el fuerte
Poder de tu Escapulario

J. COLL Y VEHI.

(Revista carmelitana)

LECCIÓN DE PAZ Y DE SALUD

Hacerse todo para todos para ganarlos a todos.
(Santa Teresa de Jesús)

Es imposible vivir en este mundo y conversar con los hombres en santa paz sin la paciencia. Hijos de diferentes madres, tenemos diferentes genios y caracteres; y si la

paciencia, hija de la caridad y de la humildad, no regula nuestros afectos y acciones, nuestras palabras y nuestras obras, imposible será el vivir en paz. Es inexcusable que para vivir en paz ceda el uno al otro y ajusten sus naturales o condiciones. ¿No vemos todos los días que es imposible juntar o ajustar dos tablas sin acepillaras ambas? Pues así será imposible que haya paz y unión entre aquellos corazones que no quieren ceder a nadie, que todos quieren que anden a su paso y no gustan conformarse con el de los otros.

San Pedro Crisólogo observa oportunamente que el amor de Cristo, que debe ser la regla de todos, no sólo se acomodó a la condición de sus hermanos, sino que hizo suyos propios los afectos ajenos. Hablando Cristo de la compasión que debemos tener con los pobres y del premio de la limosna, dice: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y dísteisme de beber”. No dijo Cristo tuvo hambre el pobre y dísteisle de comer, y tuve sed y dísteisle de beber, sino tuve hambre Yo, tuve sed Yo; por lo que concluye el santo Doctor:” No cumpliera con la ley de la verdadera caridad si no hiciera suyas propias las necesidades del pobre.”

Como la semejanza es causa del amor, no hay cosa que más cautive las voluntades del prójimo, y las rinda, que la similitud de pensar y de querer con quien tratamos. De esto hallamos ejemplos admirables en todos los Santos, especialmente en los que tuvieron que tratar más con los prójimos.

Santa Teresa de Jesús, escogida por Dios para atraerle millares de corazones, nos advierte que cuanta más santos, hemos de ser más conversables con nuestros hermanos; y su trato afable, sencillo, natural, hizo exclamar a una Comunidad que tuvo la dicha de conversar con ella algunos días: “Gracias a Dios que hemos visto una Santa a la cual podemos todos imitar: vive, come, habla, ríe y conversa como nosotras, sin melindres ni afectación alguna.”

San Francisco Javier púsose al tablero donde estaban jugando los soldados, y entre ellos uno muy perdido, a quien deseaba ganar, no los naipes, sino su alma para Dios, y se hizo de su parte, y tomó los naipes y los barajó, y dio cartas, con que el soldado le cobró amor, y poco a poco le redujo a confesarse y a una vida ejemplar, prenda de su salvación.

Casi lo mismo ocurrió en París al glorioso san Ignacio, cuya fiesta celebra la Iglesia en este mes. Había allí un caballero muy perdido, a quien con varios medios no había podido reducir, y al fin todo éste de hacerse todo para todos. Fuese al juego de los trucos, a donde estaba entretenido, y el Santo bendito, saliéndose de su acostumbrada gravedad, se quitó el manteo, tomó el taco, y dijo que quería jugar con él. Hicieron partido, y la apuesta fue que si la ganase hiciese lo que él le dijese: ganóle san Ignacio, y ganóle para Dios, porque a su instancia hizo ocho días de ejercicios y una confesión general de toda su vida, y con ella una ejemplar mudanza, trocándose en otro varón. Con este ardid santo se rinden mejor los corazones rebeldes que con violencias y rigores.

Del sol de los doctores, san Agustín, se lee en su vida, que no reparaba en echar algunos barbarismos, a pesar de ser consumado retórico, si lo juzgaba conveniente para darse a entender a los que poco sabían, estimando más su bien espiritual que su propio crédito, aunque fuese desestimado por muchos.

Mas aún. Cuando Eliseo quiso resucitar al hijo de su huéspeda la Sunamitis, dice la sagrada Escritura que ajustó de tal suerte con el niño difunto, que se igualó con él, poniendo ojos con ojos, boca con boca, manos con manos, pies con pies, y de este modo le dio vida y calor. Pues ¿qué significa esto, observa san Basilio, sino que para dar vida de la gracia a nuestros hermanos el mejor medio es ajustarnos, acomodarnos con ellos, haciéndonos todos a todos para ganarlos a todos?

Pero ¿qué digo los Santos, si el Autor de todos ellos nos da ejemplo de esta verdad?

Divino consejo fue que Cristo Jesús se hiciese todo para todos para conquistar la voluntad de todos los hombres. Con este ardid se comparó a tantas y tan diversas cosas en el santo Evangelio, pues llámase unas veces Rey, otras Pastor, Letrado, Mercader, Labrador, Capitán, Médico, Juez, Señor y vasallo, y otros muchos renombres, para hacerse todo a todos y ganarlos a todos; de tal suerte que no hubiese persona, ni condición, ni gusto que no hallase en Él lo que pudiese apetecer, y así robarles el amor, y que no tuviesen excusa de no amarle, pudiendo escoger entre tantos títulos el que fuese más de su agrado. Así es Jesús, Dios hombre, una viva estampa para todos, para ejemplo y estímulo de amor de todos los corazones. Mas no pararon aquí el amor de Cristo Jesús y los medios que inventó para conquistar nuestro amor. Pues no sólo, como advierte san Pablo, tomó nuestro cuerpo, sino que tomó los afectos de nuestra alma, y no solamente los gozosos, sino, lo que es más, los dolorosos. En el modo que fue posible, apareció en forma de pecador, y ya que no pudo pecar ni ser maldito, tomó hábito de tal para asemejarse a los pecadores, que por sus culpas

merecen la maldición de Dios, y vestido a la usanza nuestra, y conversando con nosotros como uno de nosotros, ganarnos la voluntad, cautivarnos en las redes amorosas de su amor.

¡Bendito sea tan buen Dios! ¡benditas las invenciones de su infinito amor al hombre! A tanta costa tuya quisiste hacernos bien, Dios de mi corazón, por sola tu dignación y caridad, que no reparaste en sacrificios, humillaciones y padecimientos, para que aprendamos a hacernos todos para todos, aún a costa de los más grandes sacrificios, para ganarlos todos para el cielo, para la eternidad, para Ti.

Mete ahora la mano a tu pecho, amado mío, y reflexiona despacio en qué grado estás de caridad, de condescendencia, de afabilidad con tu prójimo a vista de lo que acabas de leer. Mira cómo has procedido hasta hoy, cómo has sufrido, sobrellevado a tus hermanos; mira si te dueles de sus trabajos, si te alegras de sus dichas, si sientes sus dolores y te gozas con sus prosperidades, qué efecto hacen en tu corazón sus fortunas: mira si andas a su paso, o exiges que ellos anden al tuyo; quién cede a quien, ellos a ti, o tú a ellos: advierte si mortificas tu natural acomodándote al de todos, cediendo con humildad a sus dictámenes: considera si te vistes de sus afectos haciendo propios sus alegrías y pesares, sintiéndolos verdaderamente y no de cumplimiento, a ejemplo de Cristo y de sus Santos. Si así lo haces, si sigues estos avisos y divinos ejemplos, no dudes que enmendarás tus pasos y enderezarás tu camino para el cielo, y serás eternamente feliz, pues escrito está: Con la misma medida que midiereis seréis medidos.

A. T.

LA LEYENDA DEL AMOR.

LEMA. *Vulnerasti cor meum, soror
mea sponsa; vulnerasti cor meum*
(CANT.IV,9)

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, voy a narraros *La leyenda del Amor*:

La leyenda que narran los dulcísimos conciertos de los Ángeles en la gloria de Dios.

Es una historia que palpita en lo más secreto de las almas escogidas; suspira como brisa divina entre las flores del pensil celestial, y en místicos arrobos eleva el alma a lo más alto de los cielos para sumergirla en el abismo de la hermosura y caridad de Dios.

I.

Allá en la vasta extensión de Francia hay un pueblo humilde llamado Paray-le-Monial, y en el pueblo un monasterio de Salesas, célico jardín cuyos aromas, recogidos por las auras del edén, llegan como incienso de agradable olor al trono de la Divinidad.

El Señor tiene sus complacencias en el monasterio de Salesas de Paray; en él palpita su divino Corazón atraído de los místicos amores de la más pura, de la más fragante, de la más delicada de las azucenas que florecen en él.

Cuando el divino Esposo viene a ella, los Ángeles del santuario, al compás de las arpas y salterios entonan un himno a la caridad.

En aquellas horas de celeste abandono, los dos Amantes se hablan con la suavidad de la mirada del dulce sentimiento de su amor, y la ola de este amor se hincha, se crece, y rompe al fin el dique de los labios, y salta y se derrama en una cascada de inefables palabras.

Cada palabra de aquellas es un poema de divina ternura.

Para oírlas enmudecen los Ángeles en sus melodías, y temblando de emoción se edifican con las inefables confidencias de aquellos dos corazones.

A veces la voz del Esposo hiere más blandamente los oídos de la esposa, y ésta languidece; otras veces, desfallecida de amor, se reclina en brazos del adorado Amante, y con voz entrecortada balbucea:

—Si me quieres con vida, dame, Bien mío, un tálamo de espinas, y regálame en él con las sublimes delicias de la cruz.

¡La cruz!

Tal es el bello ideal de la virgen enferma de amores.

Al escogerla Dios para suya la dio en arras la cruz y se la puso en la cuna.

Desde entonces abrazada con ella, como hiedra que halla al nacer un arrimo, trepó a lo alto, entrelazó sus débiles ramas con los inquebrantables brazos del árbol santo, y bendijo el apoyo, que levantándola del suelo librábala de arrastrarse por el cieno.

La cándida azucena del místico jardín de las Salesas; la casta esposa tan dulcemente herida de amor; la débil hiedra tan estrechamente abrazada con la cruz, se llama Margarita.

II.

— ¡Cuán largas son las horas que no transcurren para mí en tu adorada presencia, Jesús Esposo mío, cuán largas son las horas! ¡Qué breve debe parecer la eternidad contemplando tu hermosura!... ¡Cuán bien está el alma suspirando junto a Ti!... ¡Quién me diera estar eternamente prosternada y adorándote, aquí donde los hombres te tienen olvidado! ¡Oh! ¡si me fuese dado amarte por todos los que no te quieren!... Corazón, corazón mío, si no sirves para amar a Dios cuanto quisiera ¿para qué me sirves?

Así postrada con la frente en el polvo delante del tabernáculo, en dulcísimas quejas se exhala, y en términos afectos se derrite el alma de la esposa, y sus arrullos enamorados llaman repetidamente al Corazón del Esposo.

Jesús no sabe resistir a tanto llamamiento y a tan puro amor.

III.

— Arrullo de paloma ha llegado a mis oídos, venido del desierto; arrullo de paloma enamorada, que llama a las puertas de mi pecho.

Misteriosa, vaga, dulcísima armonía, que penetrando el alma la llena de celica delicia, resuena en el santuario.

Mil espíritus inmaculados, que velan delante del tabernáculo, pulsan las cítaras de oro en derredor de la esposa.

Margarita se estremece de inefable dicha, y su corazón, hallando estrecha la cárcel que le aprisiona, late descompasado para romperla y palpar a su gusto. Es tanta la delicia que la inunda, es tan suavemente fuerte lo que siente, que oprimida del peso de la felicidad pierde las fuerzas, y lo mundano y lo corporal desaparecen a sus ojos, como las nieblas del sueño se desvanecen al despertar.

La misteriosa, vaga, dulcísima armonía que llena el ámbito del santuario, ya haciéndose más vaga y misteriosa, y dulce, hasta que se pierde, y se extingue en el infinito, como se pierde y se extingue el canto de la alondra en el espacio.

La esposa no tiene más vida que para suspirar, y en cada suspiro evoca un nombre, un nombre solo...

Y al evocar aquel nombre tiembla de ignoto placer, de emoción desconocida; placer y emoción que aumentan, aumentan como las olas del mar azotadas por el viento, hasta que Margarita pierde la posesión de sí misma, y piensa tal vez haberse convertido en himno que vaga entre las flores buscando a su Amado para arrullarle del sueño.

IV.

¿Cuyos son los brazos que la reciben blandamente, y la levantan del suelo y la comunican nueva vida? ¿Cuya es la voz que llega a sus oídos, en la que vibra la infinita ternura del infinito amor?

El Esposo divino invita dulcemente a penetrar en el regalado nido de los amores inmaculados.

Margarita languideciendo suspira y balbucea:

— ¿Dónde te escondías, dime, Jesús de mi corazón, dónde te escondías, que no llegaba a tus oídos la voz de tu pobre sierva?

V.

Las arpas celestiales enmudecen, y los Ángeles estremecidos de placer, baten las alas, levísimas más que las del céfiro, y con ellas se cubren el hermoso rostro, mientras los dos Amantes confunden en una sus miradas; Jesús con inefable delicia, Margarita con sublime adoración.

Y la da Él a contar los latidos del divino pecho, y ella derrama allí la fragancia de la flor de su alma pura.

Margarita no sabe si está en el cielo o en la tierra; ¿qué le importa si sabe que está en brazos de Jesús?

El divino Esposo acerca ambas manos al pecho sagrado y lo abre por aquella parte que lo abrió, no tanto el hierro de Longinos como el fuego de la caridad de Dios.

Una cascada de llamas salta por aquella puerta de vida, y cayendo sobre Margarita, la anegan en un mar de dichas sin fin, donde no es posible más vida, ni más pensamiento que Dios.

Aquellas llamas de inextinguible caridad, que penetran hasta lo más delicado del alma de la esposa, que en cierto modo la divinizan, se derraman como aguas impetuosas por los ámbitos de la tierra, destruyendo cuantos diques se les oponen; limpian el mundo de las impurezas del pecado, y al purificarlo lo abrasan en el amor divino.

¡Oh, cómo de dicha y de gratitud suspira la enamorada esposa!...

y mientras suspira, una voz suavísima, salida de los íntimo del pecho de Jesús, la convida a poner la mirada en el mar sin orillas de las aguas del amor.

Y la pobre criatura se maravilla, y se anonada, y se admira de no morir, viendo en aquel sagrario un Corazón real y verdadero; un Corazón de carne, que palpita con fuerza creadora, despidiendo en cada latido oleadas de bienaventuranza y vida que inundan los cielos y la tierra; un Corazón en el cual se ha encarnado la infinita caridad de Dios.

Y mientras la absorbe Margarita abisma la mirada, y con entusiasmo y avidez crecientes registra los adorables secretos de aquella divina hermosura; Jesús la dice con regalado, tiernísimo acento:

—Hay en mi corazón tanto amor para los hombres, y singularmente para ti, que no pudiendo contener ya las llamas de la caridad en que arde, necesita darlas salida y manifestarse. Tú vas a ser el instrumento de que eche mano para enriquecerlos con los inagotables tesoros que contiene. Mira estos tesoros, aquí los guardo, añade señalando el corazón; aquí están las gracias de la santificación y salud necesarias para sacar al mundo del abismo en que han caído.

En este punto el fino amor de Jesús, queriendo proteger a Margarita, la arma con un escudo impenetrable.

De este modo Satanás no osará tocar con sus precitas manos la delicada sensitiva y marchitarla; de este modo el espíritu de la envidia no se atreverá a empañar con su inmundo aliento aquel cristal tan puro.

Y la da el escudo de la humillación.

—Para que, la dice, se manifieste que esta empresa sólo es obra mía, héte escogido como medio de llevarla a cabo, teniendo precisamente en cuenta tu indignidad y tu ignorancia.

Jesús guarda por unos instantes misterioso silencio.

Registrando Margarita, con avidez y creciente admiración y entusiasmo, los hasta, los hasta entonces los impenetrables secretos del Corazón divino, suspira y le da gracias de haberla humillado tanto por ser verdad lo que acaba de oír, como porque gusta de la humillación más que de las incomparables delicias del éxtasis en que la tiene el Esposo arrobada.

Con suavísimas lágrimas, que brillan en sus ojos, como gotas de rocío en cáliz de una campanilla azul; con ardientes afectos que exhala su virginal corazón, compone y canta al Amado de su alma un poema de amor y de ternura en la sublimidad del silencio.

Mas enamorado Jesús de aquel ser tan digno de su elección, dulcificando el ya tierno acento, la dice:

—Prenda de amor voy a pedirle a mi paloma.

—Habla, Bien mío; ¿por qué tardas? ¿Qué quieres de tu pobre esclava?

—¿Qué puedo querer de Margarita como no sea su corazón?

—¡Bien sabes Tú, Jesús de mi vida, bien sabes Tú cuántos años ha que te pertenezco!... pero ya que sabiéndolo me lo pides, permíteme suplicarte que te lo tomes, y que al tomarlo lo dejes inútil para sentir cualquier otra vida que no sea tu vida; para elegir cualquier otro regalo que no sea tu cruz...

Oídas estas deliciosas palabras, el Esposo de las almas puras, abre el costado de Margarita, mete la mano en el pecho virginal, le quita el corazón y lo sumerge en el volcán de caridad que arde en el suyo.

La esposa languidece.

El aliento de la humana vida es muy débil para sobrellevar el peso de tanta dicha.

Pero Jesús quiere que viva: por eso la sostiene y la fortifica, y le da a ver el corazón que le ha quitado, como un átomo incandescente perdido en la inmensidad del amor de su divino Corazón.

Cuando se lo devuelve ya no es corazón, sino llama que arde con los fuegos indescriptibles, nunca imaginados, de la caridad más bella, más sublime, más perfecta.

Margarita ama a Dios como le aman los Querubines; está en cierto modo divinizada; vive la misma vida del sagrado Corazón. Suspirar es ya poca cosa para desahogar, siquiera momentáneamente, el infinito cúmulo de felicidad que le oprime el pecho.

Jesús, mientras tanto, cierra la herida del costado de la esposa, y la dice con suavísimo acento:

—Acabas de recibir, amada mía, inestimable prenda de amor. He puesto en tu pecho diminuta chispa del volcán que arde en el mío. Ella te hará las veces de corazón, abrasándote hasta el último momento de la vida. No esperes, pues, ver apagado jamás este fuego; pero cuando su vehemencia te ponga en la alternativa de sucumbir bajo la acción de sus llamas, o de buscar un lenitivo a sus ardores, entonces pedirás que te den una sangría. Con todo, conviene que sepas que este remedio, más que alivio a tu cuerpo, dará humillaciones y sufrimientos a tu alma. Esto, sin embargo, quiero que cuando sea menester lo pidas, ya para cumplir lo que las Reglas de tu Religión disponen, ya también para que tengas el consuelo de verter la sangre por Mí, en la cruz de las humillaciones.

Estas palabras hacen palpar de gozo desconocido el corazón de Margarita, porque su amor a la cruz y a las humillaciones ha crecido en un momento de una manera imponderable.

Jesús la mira dulcemente y continúa:

—“Para que ni puedas imaginar que la merced que acabo de hacerte es delirio de la fantasía; para que no te quepa duda de que he puesto con ella la base de las muchas y muy insignes gracias que te preparo, debo manifestarte que, aún cuando haya cerrado la herida de tu pecho, nunca se te quitará el dolor.”

La enamorada esposa mira con gratitud sin límites el Corazón del Esposo. Sentir incesantemente en el pecho el dolor de una llaga abierta allí por Cristo ¡qué felicidad!

El divino Amante prosigue con la ternura del que se despide, y no quiere hacerlo sin condensar en algunas palabras el poema del amor en que se abrasa:

—Hasta el día presente has tomado, Margarita, el nombre de esclava mía; pero ahora te doy, y es mi voluntad que en adelante lleves el de amadísima discípula de mi Corazón.

VI.

La cascada de llamas que brotando del divino pecho ha ido cayendo sobre la dichosa amante de Cristo, aumenta sin cesar en luz, en fuerza, en intensidad y en regalada dulzura...

Margarita, dichosamente aturdida, sólo distingue la luz de la caridad, en cuyas ondas deslumbrada flota, como débil esquife en la vasta extensión de los mares.

Suspira.

Ardientes lágrimas saltan de sus ojos y se evaporan...

Los Ángeles entonan con misterioso, levísimo, vago, aéreo ritmo, el epitalamio del Esposo y de la esposa, y lo repiten a lo lejos otras voces con mayor misterio, hasta que de eco en eco se pierde en los ignotos confines de la inmensidad.

Reglados brazos oprimen blandamente a la pobre criatura sobre un pecho que palpita todo el amor, toda la caridad de Dios.

Margarita no puede sostener el peso agobiador de tan colmada ventura, y se desvanece; las fuerzas le faltan; inclina la cabeza y en sus labios trémulos, espiran a un tiempo el nombre de Jesús y un levísimo suspiro.

VII.

Momentos después recobra el sentido, y al volver en sí, oye todavía, tenue y confusa vibrando en el espacio, la última nota del canto de los Ángeles.

Pensando tal vez que el Esposo está presente, abre Margarita los ojos para gozar la dicha de mirarlo. Aquella mirada sólo sirve para revelar que ya no reclina la cabeza en el divino Corazón, sino que la tiene apoyada en las losas del pavimento.

¡Qué cambio en un instante!

Late de gozo el pecho de la virgen por la humillación, y reconociendo en ella la mano siempre delicada de Jesús, levanta la voz trémula, y exclama:

—¡Así estoy bien, Amor mío, así estoy bien! En el polvo y no en tu pecho querido debe reclinar la frente tu indigna criatura.

Y un torrente de lágrimas brota de sus ojos para desahogar la multitud de afectos, sin nombre acá en el suelo, que oprimen su puro corazón. Aquellas lágrimas no se evaporan ya sino que riegan en abundancia la tierra...

Margarita la oprime con la frente ya que no puede abrazarla, la mira con dulzura, la besa con la boca...

¡Oh cuán bien hallada está así! ¡Oh qué delicado ha estado Jesús dándole esta humillación, como prenda de amor y regalada fineza, en el momento de la despedida!

¡La frente en el polvo! Si estuviera en la mano de Margarita no trocaría, para adorar eternamente a Dios, esta actitud por el trono del más excelso Serafín.

VIII.

Pero la feliz y enamorada esposa, mora todavía en una tierra donde el tiempo vuela, donde las horas dichosas transcurren con rapidez. La obediencia la llama y acude a su puesto sin disgusto, alegremente, porque obedecer es su gloria.

Apenas puede levantarse.

Como el infantil que da los primeros pasos, apenas logra tenerse en pie; marcha vacilando como la cervatilla herida que se desangra...

Está fuera de sí, ebria del vino del amor de Dios.

D. José Pallés.

RECUERDOS DE UN TRABAJADOR

Era en el año 1853. En aquel tiempo trabajaba yo en la fábrica de los señores LL. Y C^a en Barcelona.

Las obras de Luis Blanch, Proudhon, Sué y demás de esta calaña, tenían ya preocupados a un gran número de trabajadores, por ser leídas estas obras con más fe que raciocinio; lo que algunas veces me obligaba a sostener con ellos discusiones, como quiera que al fin y al cabo en esta clase de obras siempre es la Religión la que sale peor parada.

Un día, el 24 de Julio, a la hora de la merienda, el asunto que les sirvió de tema fue la quema de los conventos, no pudiendo ellos mismos de confesar que ningún bien fue para los pueblos tal atentado; al contrario que ha sido un mal y mal de mucha importancia. Después siguió la conversación sobre varios asuntos, viniendo a parar el de la Confesión sacramental, de la que hacían mis compañeros las más impías burlas y que yo defendí del modo mejor que supe, valiéndome de lo que había leído en varios opúsculos sobre la materia en cuestión.

Trabajaba cerca de mí telar un obrero de unos cuarenta años de edad, hombre de conducta tan reservada y de genio tan taciturno, que no le oíamos palabra que no fuese del todo necesaria, motivando esto que todos le temiésemos y aún le respetásemos. Pues bien; al día siguiente, que era la fiesta de san Jaime, serían como las cinco de la tarde, salía yo de casa para dar un paseo, y sin pensar en tal hombre, éste se me acerca cariñosamente y me dice que tendría el gusto de acompañarme a paseo; lo que acepté cortés, pero, a decir verdad, con una especie de temor que no sabía cómo explicárselo.

Salíamos por la puerta de san Antonio, dirigiéndonos por la derecha, y al estar un poco internados en las derruidas murallas, se paró como herido de un rayo, y tomándome la mano me dijo:

_ ¿Respondes tú de la verdad de las palabras que ayer tarde pronunciaste en aquella discusión tan empeñada sobre el sacramento de la Confesión?

_ Sí, respondí; y con mil vidas si mil vidas tuviera.

_ Y ¿entiendes tú, me dijo, que puede haber perdón para el hijo que ha tenido la osadía de levantar las manos contra su propia madre, hasta causarle la muerte con una serie continua de maldades?

_ Pensar lo contrario, le contesté, sería dudar de la clemencia de Dios.

_ Aún hay más, me dijo, ¿y si este ser desgraciado, después de verse solo, sin tener ya nadie que le amase, acosado por los remordimientos, precipitándose de un abismo a otro abismo, llegase a ser un vil asesino?... ¿puede esperar, repito, que Dios tenga misericordia de él?

_ La sangre derramada por Jesucristo te da testimonio de esta verdad.

_ Entonces, me dijo con un acento muy triste, ¿no es verdad, amigo mío, que soy digno de compasión viéndome tan desgraciado?

_En cuanto a mí, le dije, te compadezco y te amo; te compadezco porque eres muy desgraciado según dices; te amo porque veo quieres volver a la gracia de Dios.

_Puesto que me compadeces, me dijo, voy a abrirte mi corazón, que en ello experimentaré un gran consuelo.

Después de muerta la que me dio el ser, ya no hubo reposo para mi alma, llegando a un punto tal mi aburrimiento, que me hubiera quitado la vida más de una vez su hubiese tenido valor para hacerlo; buscaba empero con afán que me la quitasen por cualquier pretexto que fuese, no habiendo razón o sinrazón en que no tomara yo la peor parte; en fin, subió a tal punto mi osadía, que llegué a ser el terror de ciertos lugares, adquiriendo tal nombradía que nunca me faltaron cuartos para vivir a mis anchuras, y con trato de ciertas personas con quienes me contaba indigno de relacionarme; tan alta me parecía su jerarquía. Mi deseo de figurar y el afán de subir a puestos elevados me hicieron afiliarme como miembro de una sociedad secreta, de aquellas cuya misión, me decían, era hacer la felicidad de los pueblos, añadiéndome que había unos seres indignos que para eso debían desaparecer. No sé si entiendes que estos seres eran los frailes.

Pues bien; llega el 25 de Julio de 1835. Desde muy temprano me vi como atado a un sujeto que yo había visto alguna vez, sí, pero a quien verdaderamente no conocía: durante el día se nos unieron cinco más. El mencionado sujeto iba dándonos instrucciones para llevar el plan a debido acierto.

Viene aquella triste noche... yo, amigo mío, debo confesarte que sólo ahora comprendo cómo a medida que se adelantaba el día se adelantaba mi fiereza, porque comimos poco y bebimos mucho y sin saber lo que bebíamos, llegando a tal extremo que hasta era preciso el contenernos. Sólo guardaba serenidad el desconocido que nos acompañaba.

Nos situamos en la Rambla, paseándonos arriba y abajo, y veíamos al sujeto en cuestión relacionándose con otros de muy buen porte. Sé que hubo corridas y algún insulto antes del anochecer; nada de eso vi, pero sí recuerdo que, sin saber cómo ni qué, eché de ver que estaba ardiendo el convento de san José, y que entonces se acercó muy alegre un sujeto, diciéndonos que todo iba bien. Entonces, como si nos desatasen cual unas fieras, al momento corrimos de un convento a otro convento, devastando tanto como encontrábamos a nuestro paso, sin poder saciar la sed de venganza que tanto nos atormentaba.

Por mi parte te diré que me metí en el huerto de un convento, y observé una como sombra que quería esconderse en medio de las plantas; yo, sin meditar quién era ni escuchar sus súplicas, me abalancé sobre él y le dejé acribillado de heridas... en fin, horrible asesinato!...

Aquí mi amigo se dejó caer como desfallecido sobre una piedra.

Entonces yo le dije:

_Ánimo, amigo mío, ánimo, que en nombre de este Dios que tanto temes, te aseguro que todavía hay remedio y perdón.

Nada me contestó, tanto era lo que estaba abismado en sus negros pensamientos. Pero al cabo de un rato se levanta más tranquilo y me dice:

_ ¿Qué es lo que tengo que hacer?

_Una cosa muy sencilla, le dije; todo lo que has hecho conmigo, que verdaderamente te has confesado, hazlo con un sacerdote.

_Imposible; no tendría valor el asesino de presentarse delante de la víctima, ni mucho menos de entrar bajo las bóvedas de un templo!

_Bueno; sígueme, le dije, y te acompañaré a la casa de un sacerdote, y allí le podrás hablar como a un amigo.

Otra vez nos dirigimos a la ciudad sin que ni uno ni otro hablase palabra, hasta que a poco trecho, para alentarle, me atreví a romper el silencio.

_Escucha, le dije; durante este tiempo en que has vivido apartado de Dios, ¿habrás tenido tal vez alguna práctica piadosa?

_No, me contestó, porque tanto como me separaba de Dios tanto más le olvidaba; sólo una cosa he guardado, y es que nunca me he permitido blasfemar su nombre, ni lo he tolerado jamás a los que dependieron de mí.

_Basta, amigo mío, basta, le dije; ahora lo comprendo todo.

Llegamos a la casa que yo deseaba, en donde contemplé la escena más tierna de este episodio.

Nos abren la puerta, y al momento se presenta un venerable anciano vestido de fraile. Al verle mi amigo se le echa a los pies diciendo:

_ ¡Confesión, Padre mío; confesión y perdón para este desgraciado!

Él lo levantó cariñosamente, y después de estamparle un beso en la frente, le dice:

_Sosígate, hijo mío, que tiempo habrá para todo.

Instruido por mí del objeto de nuestra visita, nos hizo sentar y nos dirigió una hermosísima plática, demostrándonos con imágenes tan vivas la gran misericordia de Dios para con los pecadores, que no pude menos de derramar lágrimas. Después que hubo acabado y tomando un tono más familiar, nos dijo:

_Tal vez extrañaréis, amigos míos, que yo lleve este traje y que este cuarto, con su Crucifijo y cirios amarillos, más parezca cubierto de luto que adornado de fiesta.

¡Cerca de veinte años ha que estoy celebrando esta lúgubre fiesta! ¡cerca de veinte años ha que hice voto de pasar la noche de hoy en continua vela, en memoria de uno de los más grandes acontecimientos de mi vida, para pedir a Dios se digne librarme de una tribulación que desde entonces pesa sobre mí!

Estadme atentos y lo sabréis todo.

Serían las cinco de la mañana del día 25 de Julio de 1835, cuando vino el sacristán del convento a decirme que en mi confesonario había un sujeto que me estaba aguardando. Bajé precipitadamente, siendo el objeto principal de su confesión entregarme unos papeles que él había usurpado y que el remordimiento le hacía devolver, porque de ello dependía la suerte de unos pobres huérfanos, encargándome les diera lo más pronto posible el curso debido.

Le di con todo el afecto mi alma la absolución que él con gran deseo esperaba, prometiéndole que cumpliría mi deber lo más pronto posible.

Debo confesaros, hijos míos, que este deber todavía está para cumplirse. ¡Cerca de veinte años que esos papeles están quitando la tranquilidad a mi pobre alma!

En aquel entonces nadie ignoraba, y menos los frailes, el triste porvenir que más o menos tarde nos aguardaba: en aquel mismo día supimos que la hora fatal se acercaba; por eso los que estábamos constituidos en dignidad nos ocupamos en arreglar lo necesario, esperando con resignación lo que Dios fuese servido.

Viniendo la noche y con ella lo que vosotros sabéis; la iglesia estaba ardiendo por todos lados, y yo aguardaba en mi celda que viniera algún asesino para decirle: "Mátame, nada importa; pero que estos papeles vayan a su destino." Tuve la suerte de que nadie viniera, pero el temor de quedarme en medio de las ruinas me obligó a salir y a esconderme en el huerto para poder salvar los papeles.

Corrí como un loco por dentro el convento hasta encontrar la puerta que daba al huerto, cuando me veo acometido por... *(Aquí mi compañero se dejó caer a sus pies y le dijo):*

_Por este asesino, ¡Padre mío! ¡por este asesino, que no sabe cómo dar gracias a Dios por haberos salvado la vida! Aquí tenéis vuestros papeles, que he tenido cuidado de no enseñarlos a nadie para que no descubriesen mi horrendo crimen, y que hoy llevaba por restituirlos por medio de la Confesión.

Se abrazaron, lloraron y se cubrieron de besos, mientras yo, inmóvil como una estatua de mármol, consideraba cuánta es la misericordia de Dios para con los pecadores!

Un tejedor

CRÓNICA NACIONAL

Las fiestas que anualmente dedica la ciudad de Vich a su esclarecido compatriota san Miguel de los Santos las han tomado este año por su cuenta, ofreciéndose a servir de administradores, los reverendos vicarios naturales de la referida ciudad. El día 4 del corriente comenzaron las fiestas religiosas en honor del extático Trinitario. Los sermones que los mismos Procuradores tomaron a su cargo, durante la novena y fiestas, la iluminación rica y acertada del templo, la ornamentación severa y espléndida con que supieron decorarlo, la música nutrida y brillante, la Comunión general concurridísima, la Misa solemne celebrada con toda la pompa y majestad prescritas en el Pontifical, el panegírico sumamente ascético y elocuente, todo, todo hizo de las fiestas de este año una de aquellas páginas de gloria que honran al clero que las promovió y al pueblo que con santa paciencia las presenció.

La procesión que por la tarde del día 5 se celebró fue también de las más lúcidas que aquella católica ciudad ha presenciado. El pendón principal, que estuvo a cargo del excelentísimo señor Obispo de aquella diócesis, se vio acompañado de muy numeroso y distinguido séquito.

Plácemes mil a los reverendos sacerdotes que tan dignamente han sabido festejar al ilustre vicente.

— Su Santidad ha regalado para el monasterio de Ripoll, que está restaurándose con gran magnificencia en la diócesis de Vich, un magnífico cuadro que representa a la santísima Virgen.

— En Vigo se va a edificar una Iglesia, la cual estará a cargo de los reverendos Padres de la Compañía de Jesús, en terreno cedido con este objeto por el Sr. Martínez Villoch.

— Al pasar la procesión del Cristo de san Jerónimo por delante de un convento de monjas de Alba de Tormes, una de las religiosas, Rufina González, que venía padeciendo la enfermedad conocida por el nombre de *gota serena*, calificada por los médicos de incurable, sintió a poco de entonar el canto sus hermanas ante el Cristo, que volvía a ver claramente con ambos ojos, lo cual le impresionó tan fuertemente que sufrió un desmayo. Muchas personas que conocen personalmente a la religiosa en cuestión, y la habían visitado enferma, acuden presurosas a felicitarla por su tan completa cuanto extraña curación, que ya para todos constituye un hecho cierto y sobrenatural.

— La traslación de la veneranda y maravillosa imagen de Nuestra Señora de Valvanera a su primitivo santuario y convento de benedictinos ha dado ocasión a una extraordinaria manifestación religiosa.

De todos los pueblos de la Rioja y Sierra de Cameros afluyó una inmensa multitud el día 27 de Mayo último, en cuyo día tuvo su entrada en aquel bendito lugar el ilustrísimo y reverendísimo Padre Abad de Montserrat, ganándose las simpatías de todos los que tuvieron el gusto de saludarle.

El día 28 por la mañana fue llevada la preciosa Imagen a la ermita del Santo Cristo para desde allí hacer su traslación solemne, que no pudo celebrarse en 22 de Diciembre por lo crudo de la estación, y tomada en hombros de sacerdotes fue conducida procesionalmente al restaurado templo, profusamente iluminado y adornado. Comenzó en seguida la solemne Misa con sermón, oficiando de pontifical el ilustrísimo Abad de Montserrat. Por la tarde hubo Rosario cantado, salve, gozos y sermón.

El 29 repitiéndose las mismas funciones, y por la tarde llegó la Comunidad de Agustinos recoletos de san Millán de la Cogolla entonando cánticos en honor de la Virgen de Valvanera, cuyo amor les ataría a aquel lugar sin dar muestra de los sufrimientos de cinco horas a pie por áspero y dificultoso camino, y sacrificando con santa alegría las comodidades, imposibles en aquel monasterio, que en su mayor parte es todavía ruinas. Con su llegada coincidió la de los vecinos de Santurdejo, que en piadosa romería presidida por su celoso Párroco acudían a visitar a su amada Reina, llevando consigo un precioso cuadro que antes perteneció a Valvanera y devolvían gustosísimos, el cual representa en relieve al penitente Nuño cuando recibió en la cueva de Trómbalos el aviso de un Ángel designándole el sitio en que se encontraba oculta la preciosa imagen de María.

El día 30 se repitieron las mismas funciones, y como en el primer día ofició de pontifical el reverendísimo Abad de Montserrat.

Durante los tres días, por mañana y tarde, no han cesado las confesiones, y por la mañana han sido numerosísimas las Comuniones.

Después de otros actos religiosos y el *Te Deum* se quemaron vistosos fuegos artificiales, dejando a todos gratísima impresión estas solemnes funciones, que formarán época gloriosa en las efemérides de Valvanera y en la historia de la Rioja.

CRÓNICA EXTRANJERA.

Su Santidad ha concedido, con las condiciones ordinarias, una indulgencia plenaria a los sacerdotes que celebren su primera Misa, así como a los parientes hasta el tercer grado, que la oigan. Los demás fieles asistentes podrán ganar una indulgencia de siete años y siete cuarentenas. (16 de Enero de 1886).

— Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII prepara actualmente un importante documento sobre la cuestión social. Parecerá probablemente en forma de carta dirigida a un católico eminente de Europa.

— El día de la Ascensión se inauguró con una fiesta muy solemne la cúpula de San Juan de Letrán, cuya restauración ha costado siete millones de pesetas.

— Ha fallecido en París D. Luis M^a de Borbón, conde de Trani, hermano del Rey de las Dos Silicias e hijo segundo del difunto monarca Fernando II. Nació en 1838 y estaba casado con M^a Luisa de Baviera, hija del duque Maximiliano de Baviera. Se distinguió siempre por su acendrada piedad y por el entrañable afecto que profesó al inmortal Pontífice Pío IX (R. I. P)

— Las negociaciones entre la Santa Sede y el Gran Ducado de Hesse están muy adelantadas, pudiendo asegurarse que en breve habrá paz religiosa en aquel país.

— El día 8 del mes corriente Mons. Didier ha tomado posesión del arzobispado de Posen, rodeado de su clero y con asistencia de una gran parte de la nobleza y población polaca.

Días antes fue recibido el prelado por el Emperador, e invitado por éste a su mesa mereció durante la comida las mayores atenciones, ofreciendo su apoyo soberano para pacificar su diócesis, que tanto ha padecido en los últimos años. Además de otras pruebas de simpatía y afecto que el Emperador está dando al nuevo Prelado de Posen Gnesen, recientemente le ha escrito una carta en que le encarga manifieste a los fieles de su diócesis los sentimientos que le animan a favor de la paz religiosa: todo ello augura una nueva era para la Iglesia católica en Alemania.

— París cuenta actualmente 193 escuelas libres, sostenidas por la generosidad de los católicos, y en ellas reciben instrucción 70.000 alumnos, o sean 30.000 más que antes de la secularización.

— El Padre Santo, vivamente afectado por la deplorable situación a que, por consecuencia de la epidemia colérica, se encuentran reducidas las clases pobres de Venecia, ha enviado al Cardenal Patriarca la suma de 10.000 francos para que se distribuya entre las familias más necesitadas.

— Tres perseguidores de la Iglesia, tristemente célebres, acaban de morir trágicamente en Suiza. En Soleure, en medio de horribles tormentos, causados por un cáncer en la lengua, ha muerto M. Vigier, quien hace quince años venía persiguiendo con ciega cólera al Catolicismo. El provocó el decreto desterrando al P. Lachat, el robo de multitud de Iglesias, la expulsión de los Padres Benedictinos de Nuestra Señora de la Piedra, imagen muy venerada del pueblo, y la confiscación de todos los bienes. M. Froté, cuya administración fue tan fatal a la iglesia del Jura, que sólo nombraba a los católicos con el nombre de gusanos, ha muerto comido de miseria en una casa de locos. Por espacio de cuarenta años hubieron de sufrir los católicos del cantón de Argovia las medidas más violentas y vejatorias del procónsul M. Keller. Éste acaba de morir en un acceso de locura, miserablemente abandonado de todo el mundo.

RETIRO MENSUAL. Día 15 de Julio

MÁXIMA.- Es Dios tan amigo de amigos y tan Señor de sus siervos...
(Santa Teresa).

REFLEXIONES.- ¡Es Dios tan amigo de amigos! Parece en verdad, que el Señor, que no tiene para nada necesidad de nuestros bienes, va mendigando nuestro amor y cariño... Y un día y otro día, y con un tono y otro tono, ya amor, ya de súplica, ya de amenaza, quiere que le amemos y no nos apartemos de su amistad. ¡Bendito Señor! Parece que no puede ser feliz sin el hombre, y que el hombre solo halla contentamiento en disgustarle.- Y no sólo es amigo de amigos: "Vosotros seréis mis amigos," decía a sus Apóstoles, sino también es amigo de enemigos.- A Judas al entregarle con un beso, a pesar de conocer la malicia de su corazón, le dice: "amigo, ¿a qué has venido?..." Seamos amigos de quien es tan amigo, que hizo las mayores humillaciones y sacrificios para hacer sus amigos a todos los hombres.- ¡Es tan Señor de sus siervos el buen Jesús! Los cuida, provee, dirige, regala con tanto amor, poder y bondad, que no sabemos qué admirar más, si su cuidado y solicitud por el hombre, o el desvío de éste para con Él. ¡Bendito, Amigo, tan amigo de amigos!. ¡Bendito, Señor, tan señor de sus siervos! Deseemos, ante todo, su amistad y temamos, ante todo, su enojo, porque todo lo que tiene de

amable con los amigos, lo tiene asimismo de formidable para sus enemigos. Porque les dijo una vez a los enemigos que le buscaban para prenderle: Yo soy, cayeron en tierra, y no pudieron levantarse hasta que les dio permiso. ¡Oh Amigo verdadero de tus amigos, y Señor todopoderoso de tus siervos! Sea siempre tu amigo y tu siervo, y haz de mi lo que quisieres.

FRUTO.- Perder todas las amistades antes que la amistad de Dios.

INTENCIONES

La libertad de nuestro amantísimo Padre León XIII.- El triunfo de la Iglesia.- La paz del mundo.- La prosperidad de España.- El alma del difunto obispo de Madrid-Alcalá, Excmo. Izquierdo.- Las obras teresianas: Archicofradía, Rebañito, Compañía y Misiones.- Los Hermanos josefinos.- El Episcopado y clero católicos.- Las Misiones católicas.- Las Comunidades religiosas.- Los seminarios y colegios católicos.- Las Misiones católicas.- La educación cristiana de la juventud.- La Europa cristiana.- Que haya santos y sabios sacerdotes.- La conversión de los principales enemigos de la verdad y de la virtud.- Una fundación en América.- Portugal.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	<i>Suma anterior.</i>	3,693,50 rs.
R.C., estudiante: Serafín del Carmelo, libra de su cautiverio a nuestro amantísimo Padre León XIII	22	“
F.J. de A.; Todo lo sufre el Señor por hallar una sola alma que le ame. Sea yo ésta, Señor.....	2	“
J., ovejita del Niño Jesús: Para que ninguna oveja del Niño Jesús se pierda....	4	“
M.M. de G. : Padre Santo que estás en los cielos, ¿por qué no salvas de la Prisión que sufre el Padre de doscientos millones de católicos?.....	6	“
M.A.I.: con todos seas mansa y contigo rigurosa. Sea mi alma quien lo cumpla...	8	“
	TOTAL..	3.735,50 rs.